

Desembarcaron en la misma hora  
Con aquel aparato conviniente,  
Antes que con lo claro del aurora  
Se pudiese mostrar cosa patente:  
El piloto fué luego donde mora  
Alonso de Bejines el teniente,  
Con infernal deseo y esperanza  
De tomar á su gusto la venganza.

Compuestas las falanges, y digestas  
Segun que lo pedian ocasiones,  
Tocan trompetas que llevaban prestas,  
Guerreros añafles y clarones;  
Los vecinos creian ser las fiestas  
Que se hacian por las velaciones,  
Y así ninguno por su parte piensa  
Tener necesidades de defensa.

Pero sus desventuras hizo ciertas  
Son ronco de guerreros atambores,  
Y oír batirse las cerradas puertas  
De los sobresaltados moradores,  
Que no sin violencia son abiertas  
Por manos de nocturnos robadores:  
Todos se sobresaltan y se espantan  
Y de los dulces nidos se levantan.

Crece la turbación con el estruendo,  
Armas uno tomó y otro no pudo;  
Lugar por do escapar van inquiriendo,  
Este vestido va y aquel desnudo;  
Toma con sobresalto tan horrendo  
Quien puede la huida por escudo;  
Uno pelea y otro se retrae,  
Este va trompezando y aquel cae.

Bien como cuando por alguna plaza  
Anda la cuchillada muy aguda,  
Que para meter paz se busca traza,  
Y aquel rigor aquí y allí se muda;  
Pero huyendo la desembaraza  
Con gran temor la gente mas menuda,  
Y por la parte que se le concede  
Escapa cada uno como puede:

Desta manera les acontecia  
A cualquiera varon joven ó calvo,  
Pues en tanto que aquel se defendia,  
Este se procuró poner en salvo;  
Y en estas confusiones se valia  
De piés, eso me da negro que albo:  
A muchos les valió tenellos prestos,  
Aunque la menor parte fueron estos.

Pues turbados en estos menesteres  
Con los temores que les son anejos,  
En dejar sus haciendas mercaderes  
Se hallaban confusos y perplejos:  
Otros celando hijas y mujeres  
Parecían mal hallarse lejos,  
Y por gritos de dueñas y doncellas  
Allí quieren morir por defendellas.

El piloto que fué de buena gana  
A rodear la casa del Bejines,  
Como lo vió salir con furia vana  
Al son de las trompetas y clarines,  
Trasasólo con una partesana,  
Diciéndole: «Bellaco, tales fines  
Merecen, y aun de mas miserias llenos,  
Los que tan sin razon afrentan buenos.»

Mas el don Pedro, como quien él era,  
Con una pica y unas coracinas  
Defendió con valor un escalera,  
Deteniendo las gentes peregrinas  
Hasta tanto que ya salieron fuera  
Sus queridas hermanas y sobrinas,  
Que las echaron por un colgadizo,  
Aunque para tal caso no se hizo.

Diciéndole ser fuera las doncellas,  
Acude, como dicen, al reclamo,  
Y por aquel lugar saltó tras ellas,  
Por ser un hombre suelto como gamo,  
Para las amparar en sus querellas  
Y no dejar las hojas sin el ramo;  
Con ellas en el monte fué metido  
Sin poder del cosario ser habido.

Prendieron al mayor destes Atrides  
Por estar de las piernas ya tullido;  
Prendieron al obispo Benavides,  
En aquella sazón recién venido;  
Prendieron otros muchos en las lides,  
Y al fin el pueblo todo fué rendido,  
Con todas sus preseas y decoro  
Y no pequeña cantidad de oro.

El aurora rorifera venia  
Ya descubriendo su dorada frente,  
Cuando fué la robada compañía  
Recogida por mano delincuente,  
En un solo lugar do se tenia  
Por los piratas guarda diligente;  
Descalzos, destocados y alligidos,  
Y cuasi sin reparos de vestidos.

Todas las mas mujeres sin tocados  
Y sin aquel amparo que desean,  
A la tierra los ojos inclinados,  
No deseando ver ni que las vean;  
Las mejillas y pechos empapados  
De lágrimas sin fin de que se arrean,  
Apeteciendo mas la sepultura  
Que ver tanto dolor y desventura.

A Dios las oraciones encendidas,  
Suplicándole dentro de su pecho  
Que ya que sus haciendas son perdidas  
En aquel tan inopinado hecho,  
Permitiese perder antes las vidas  
Que dar á deshonor su casto lecho;  
Y Dios omnipotente fué servido  
Oír aqueste tácito gemido.

Porque el pirata capitán ordena,  
Y así fué por el pueblo pregonado,  
Que se metiese la que fuese buena  
En la posada del adelantado:  
En un momento fué la casa llena,  
Y subidas al alto soberado;  
Y para guardas del lugar recluso  
Al buen obispo y al Heredia puso.

Aqueste capitán, aunque tirano,  
Segun decian era caballero,  
Y en este caso tuvo pia mano  
Sin consentir hacerse desafuero;  
Robado pues lo fano y lo profano,  
Y recogidas ropas y dinero,  
Tractó con los vecinos que se diese  
Por aquel pueblo lo que bueno fuese.

Porque si no venían á concierto  
Cerca de ser el pueblo redimido,  
Primero que saliesen de aquel puerto  
Sería de las llamas consumido:  
Fué para resumir el precio cierto  
Por los unos y otros conferido;  
Creo que fueron hasta dos mil pesos,  
Y para los buscar sueltan los presos.

Hallaron para dar estos dineros  
Oro poco, mas fué multiplicado,  
Revolviendo con ello candeleros,  
Siendo por fundición todo mezclado,  
Y después con industria de plateros  
Con otro fino fué sobredorado:  
Al fin, aquel ladrón quedó contento  
Con ver que se le dió buen cumplimiento.

Con aquel buen color los engañaron,  
Por tener de buen oro la devisa;  
Con engaño mayor ellos quedaron  
Sin cubiertas de paño ni de frisa;  
Y todos (porque todo lo robaron)  
Descalzos y con sola la camisa:  
Nuño de Castro mas, el cual procura  
Poderse mejorar en vestidura.

Y así viendo poner en la ribera  
Gran cantidad de ropas y fardaje,  
Al tiempo que la gente forastera  
Aderezaba para su viaje,  
Pasó con una yegua muy lijera  
Aprisa por enmedio del pillaje,  
Y arrebató, pasándose de claro,  
Ropas y lienzo para su reparo.

Al monte se retrajo como viento,  
Que no parece que la tierra pisa;  
Quedó de ver aquel atrevimiento  
El capitán francés muerto de risa,  
Porque todas sus armas y ornamento  
Eran tan solamente la camisa,  
Sin calzas, sin zapatos, y de talle  
Cual no vean un perro de la calle.

Fuéronse los piratas para Francia,  
Y dicen que sacaron deste puerto  
Bien doscientos mil pesos de ganancia,  
Y tengo para mí no ser incierto;  
Quedaron los vecinos sin substancia,  
Mas el Bejines solamente muerto:  
Vivieron con recatos adelante,  
Dias y noches guarda vigilante.

Pero cualquier cosario los lastima  
Y lleva sus defensas abarrisco;  
Y al mismo punto y hora desta rima  
Vino nueva quel capitán Francisco,  
Primer pirata que por mar de Lima  
Robó la plata del escelso fisco,  
Allí llegó con muchos galeones,  
Lanchas y mas de siete mil peones.

Y con estar la gente preparada  
Y toda la ciudad fortalecida,  
De todas municiones pertrechada,  
De consejos reales advertida,  
La gente (segun dicen) mas granada  
Tomaron por amparo la huida;  
Hicieron todos los demás ausencia,  
Y entróse la ciudad sin resistencia.

Destas sobresaltadas turbaciones  
Y plaga de las plagas mas molesta,  
No puedo por agora dar razones  
Por no me ser la rota manifiesta;  
Pero ternemos llenas relaciones  
Y á su tiempo diremos lo que resta,  
Dando primero fin á la carrera  
Del don Pedro de Heredia, que me espera.

El cual, aunque con daño manifiesto  
De lo que le robaron los ladrones,  
Nunca mudó jamás su presupuesto  
De volver con caballos y peones  
A do fué por Cabrera descompuesto,  
A vengar las pasadas sinrazones;  
Y para dar la vuelta sin recelo  
Vino lo que diremos muy á pelo.

Después que Heredia fué desbaratado  
Y Benalcázar le tomó la gente,  
El pueblo de Antioquia fué mudado  
A sitio y á lugar mas conviniente;  
Y un Isidro de Tapia, señalado  
Del dicho Benalcázar por teniente,  
Por avisados modos y por guerra,  
Hizo venir de paz toda la tierra.

De los cartagineses conocidos  
Fueron los recuentos mas sangrientos,  
Y por el mismo caso preferidos  
En los oficios y repartimientos.  
Estando pues los indios repartidos,  
Como quedasen muchos descontentos,  
Vuelan con cartas invidas centellas  
A Benalcázar dando mil querellas.

Oídas pues las quejas deste bando,  
Con otras cosas mas que no refiero,  
Despachó Benalcázar en llegando  
Al bachiller llamado Madroñero,  
Dándole su poder y lleno mando;  
Y el bachiller, como juez severo,  
Partió la tierra por sus aliados,  
Y los otros quedaron despojados.

El Tapia, viéndose desposeido  
Ansí de mando como suerte buena,  
Habló sin que pudiese ser sentido  
A los participantes de su pena:  
Fué para su venganza concluido  
Hacer viaje para Cartagena,  
Y con la prevención de gran secreto  
La partida pusieron en efeto.

Caminaron por via conocida,  
Y aunque no con cabal aviamiento  
Entraron todos sanos y con vida  
En Urabá, do fué su pensamiento;  
Hallaron al Heredia de partida,  
Y dan á sus diseños mas aliento,  
Y así con caballeros y peonaje  
Abrevia lo posible su viaje.

En este mismo tiempo se rebela  
Pizarro contra regio mandamiento,  
Y procuraba Blasco Nuñez Vela  
Gente para venir en rompimiento,  
Hombres valientes, de quien no recela  
Estar prendados de traidor intento,  
Y así vinieron á real bandera  
Benalcázar también y el Juan Cabrera.

Y aquel no menos docto que valiente  
Licenciado llamado Juan Gallegos,  
De quien hemos tractado largamente  
En otros trances y desasosiegos  
De Santa Marta, donde fué teniente,  
Y se gastaron cantidad de pliegos,  
Y el Juan Cabrera y él en la batalla  
Muertos con otros que mi pluma calla.

Heredia pues, habiendo caminado  
Con toda la posible diligencia,  
Entró por el lugar recién poblado  
Sin hacelle vecinos resistencia:  
Antes fué recibido y hospedado  
Y todos le prestaron obediencia,  
Y este mismo querer también enseña  
El capitán Gonzalo de la Peña.

Al cual dejó nombrado Madroñero  
Después que removió repartimientos,  
A causa de ser válido guerrero;  
Y así tuvo crüeles rompimientos  
Con estos indios del compás frontero,  
Ya rebelados todos con intentos  
De hacer á cristianos crüel guerra  
Hasta poder echillos de la tierra.

Mas el Heredia, puesto donde digo,  
Con mañosos arduos y discretos,  
O ya por blanda paz, ya por castigo,  
Volvieron á servir y ser subyectos,  
De suerte quel amigo y enemigo  
Vivieron sosegados y quietos;  
Y al Isidro de Tapia quel traía  
Volvió los mismos cargos que tenia.

Luego corrió con sus cartagineses  
Valles hasta su tiempo no sabidos,  
En cuyas poblaciones y conveses  
No faltaron encuentros bien reñidos;  
Y espacio ya de diez ó doce meses  
En peregrinaciones consumidos,  
Volvió donde quedaron los vecinos,  
Solos tres menos destes peregrinos.

Teniendo pues los indios en sosiego,  
Porque la tierra mas se perpetúe,  
Alonso de Caravajal fué luego  
A poblar lo que llaman Maritúe;  
Hecho de los poderes el entrego  
Para que sus mandados efectúe,  
Dióle pertrechos, y de noble gente  
La que le pareció ser conviniente.

Fundó ciudad, do manda que se haga  
En vistoso lugar y parte bella;  
Alcalde fué Francisco de Arriaga  
Y otro llamado Diego de Corvella,  
A quien pluma mas alta no les paga  
Por mucho que procuren estendella,  
Tractando sus debidas alabanzas,  
Proezas y valores de sus lanzas.

El pueblo Maritúe ya poblado,  
(Aunque después necesidad ordena  
Por poca gente ser desamparado)  
Y de bárbaros la provincia llena,  
Nuestro gobernador y adelantado  
Determinó volver á Cartagena,  
Pareciéndole gran inconveniente  
Tanto tiempo del mar estar absente.

Corrian ya del santo Nacimiento  
Cuarenta y ocho sobre quince cientos,  
Cuando con pocos hizo mudamiento  
De la nueva ciudad y sus asientos;  
Llegó con los demás en salvamento,  
Amigos y parientes descontentos  
A causa de hallar en su tenencia  
Otro nuevo juez de residencia.

Mas este como fuese caballero,  
Hombre de gran valor y circunspecto,  
Diferencióse mucho del primero  
Y túvole grandísimo respecto;  
No maculó su fama por dinero  
Ni de cudicia mala fué subyector;  
Traia sobre seis gobernaciones  
Gobierno por reales provisiones.

Aqueste se llamaba Miguel Diaz,  
Varon de grandes letras y loables;  
Fué notado de algunas demasias  
Que no fueran en otros tan culpables;  
Pues segun las que vemos estos dias  
Aquellas eran mas que tolerables  
Porque paraban en lascivos hechos  
Sin pretension de robos ni cohechos.

Agora los dos males andan juntos,  
Pues si lasciva Venus los abrasa,  
No por eso jueces pierden puntos  
En recoger pillajes acia casa:  
Estas no son sospechas ni barruntos,  
Porque lo hacen ya por plaza rasa;  
Pero callemos deshonestidades,  
Que dan grande disgusto las verdades.

Durante pues aquesta residencia,  
Que yo también de vista tractar puedo,  
De Popayan y de su pertenencia  
Vino por mariscal George Robledo,  
Casado con mujer de tal decencia  
Que la podríamos loar sin miedo:  
Esta señora fué doña Maria  
Que de Caravajal nombre tenia.

Trajo consigo candidas doncellas,  
Deudas cercanas suyas principales,  
Y a qui tenemos hoy á las dos dellas  
Con el renombre de Caravajales,  
Con hijos de valor y hijas bellas  
Y en todas partes de virtud cabales:  
Y son doña Francisca, gran cristiana,  
Y doña Leonor, que fué su hermana.

De la doña Francisca fué marido  
Diego Garcia Pacheco, señalado  
En este nuevo reino y escogido,  
Y el capitán Baltasar Maldonado  
De la doña Leonor, en quien se vido  
Valor sobre valores encumbrado,  
Como mas largamente lo diremos  
Cuando los deste reino celebremos.

Siendo Robledo pues encaminado  
Al pueblo de Antioquia residente,  
Para que fuese mas autorizado  
Y el Benalcázar menos impaciente,  
Fué por el Miguel Diaz señalado  
De Popayan por general teniente,  
Y con poder, demás de la tenencia,  
Para tomar á todos residencia.

A fin crüel lo lleva su destino,  
Y de su pensamiento muy avieso,  
Siendo varon de tanto mal indino  
Y digno de mas próspero suceso;  
Mas vaya por agora su camino,  
Hasta que relatemos el proceso,  
Porque para poner mayor espanto  
Lo quiero concluir con nuevo canto.

## CANTO NOVENO.

Donde se da razon de las novedades que hubo en Antioquia después que el adelantado don Pedro de Heredia se vino para Cartagena, y don George Robledo llegó con titulo de mariscal y con poderes del licenciado Miguel Diaz Armendariz, gobernador de todas aquellas gobernaciones; y de los casos acontecidos en Cartagena hasta la muerte de don Pedro de Heredia.

Los casos venideros y secretos,  
Aunque prudentes algo dellos vean,  
Suélese defraudar los mas discretos  
Midiéndolos segun ellos desean,  
Y las mas veces salen los efetos  
No como los nivelan ni tantean,  
Por ir por otras vias la ventura  
De las que debujó su conyectura.

Asi los que dejamos señalados,  
Hombres todos sagaces y prudentes,  
Cuando pensaban ser en sus estados  
Seguros de pasados accidentes,  
Mudables condiciones de los hados  
Los llevaron por vias diferentes  
De las que merecia su talento,  
Virtud, bondad, valor, merecimiento.

Al Heredia pues invida cuadrilla  
Tanto lo persiguió con residencia,  
Que le hicieron remover la silla,  
Y con apelacion de la sentencia  
El y el hermano fueron á Castilla,  
Donde se remedió con su presencia;  
Y así los dos después de ser oidos  
Volvieron libres y favorecidos.

Y antes que los hermanos diesen vuelta,  
Y aun antes de salir destos estados,  
En Antioquia vimos gran revuelta  
Entre los de los dos adelantados,  
Como sucede cuando gente suelta  
A varios bandos son aficionados,  
Por acudir allí como primero  
El bachiller Alonso Madroñero.

El cual luego privó de su derecho  
A los cartagineses principales,  
Deshaciendo lo por Heredia hecho,  
Hasta las cosas menos substanciales,  
Repartiendo los indios de provecho  
A sus apasionados y parciales;  
Y de nuevo cabildo y regimiento  
Ansimismo hicieron nombramiento.

No podian llevar los despojados  
Aquestos menosprecios con templanza:  
Buscaban modos para ser vengados  
Y no vian camino de venganza,  
Por ser pocos y mal aderezados,  
Y los contrarios de mayor pujanza;  
Mas las iras, enojos y rancores  
Pudieron mucho mas que los temores.

Pues convocados donde les cumplia,  
Sin que se rezumase tal intento,  
Se concertaron en un mismo dia,  
Ligados con solemne juramento;  
Asi que, desecharon cobardia,  
Por dar á su deseo cumplimiento  
En viendo coyunturas y sazones  
Que concordaron con sus intenciones.

Apercebido cada compañero  
Con ropas, no de fiestas ni de bodas,  
Sino con las que hacen del acero,  
Luego prendieron á Gaspar de Rodas  
Y al bachiller Alonso Madroñero,  
Y en un instante las personas todas  
Mas arriscadas, y de quien se piensa  
Que juntos procuraran su defensa.

Estaban fuera destos pensamientos  
Las personas que fueron prisioneras,  
Unos seguros en sus aposentos,  
Otros en su labor de sementeras;  
Al fin salieron bien con sus intentos  
Y á todos los pusieron en colleras,  
Y con guardas bastantes y en cadena  
Los enviaron para Cartagena.

Yendo por barto trabajosa via  
Y con mayor zozobra que yo digo,  
Toparon al Robledo que venia,  
Y soltó muchos que llevó consigo;  
Soltó también á Rodas que tenia  
Por especial y singular amigo,  
El cual gobierna hoy la tierra misma  
Sobre que sucedió la dicha cisma.

Al pueblo de Antioquia venido  
En infaustas y tristes conjunciones,  
De todos ellos fué bien recibido,  
Y con sinceridad de corazones  
Por justicia mayor obedecido  
Desque manifestó las provisiones;  
Y en gran conformidad usaba dellas  
Oyendo las demandas y querellas.

Otros pueblos también lo recibian,  
Donde manifestaba sus recados,  
De los cuales algunos lo hacian  
No tanto por amor cuanto forzados,  
Dándole por disculpa que debian  
A Benalcázar ser notificados  
Primero, pues á la real corona  
A servir fué por su propia persona.

También constaron otros desafueros,  
Porque prendió los regios oficiales  
Por no querer prestar ciertos dineros  
De las cesáreas rentas y reales,  
Que para tener malos paraderos  
Una fué de las causas principales  
Tomallos él por fuerza de la caja  
En la ciudad de Arma donde baja.

En Popayan la nueva fué sabida,  
Y luego se partió gente lustrosa  
A dar el parabién de la venida  
Y del poder y dignidad honrosa:  
Alvaro de Mendoza se convida,  
Pedro de Barros y el cruzado Sosa,  
Con otros conocidos caballeros  
En trabajos pasados compañeros.

Fuete la vista dellos agradable  
Por ser conversacion de muchos años,  
Tracto sincero y amistad loable  
Y libre de los pérfidios engaños;  
Mas esta vista, rueda variable  
Hizo que fuese para grandes daños,  
Por dalle sus favores sin malicia  
Y no pensando ser contra justicia.

En este mismo tiempo que se halla  
Robledo con amiga parentela,  
En rompimiento vino de batalla  
Pizarro contra Blasco Nuñez Vela;  
Murió con muchos que mi pluma calla  
Del escuadron de su leal tutela,  
Personas de valor y de gran peso,  
Y Sebastián de Benalcázar preso.

Tractólo bien el vencedor tirano,  
Por haber sido capitán antiguo  
En los gobiernos del marqués su hermano  
Y entonces del Gonzalo gran amigo,  
Aunque después por sí tomó la mano  
Por los medios que agora yo no digo;  
Pero si vida mas nos acompaña  
Diremos su valor y buena maña.

Usando pues Gonzalo de clemencia  
Y respetando su conocimiento,  
Para poder volver le dió licencia  
A su gobierno y adelantamiento;  
Y demás desta tal magnificencia,  
Se le dió todo buen aviamiento  
Y cosas necesarias á su gasto  
Hasta llegar á la ciudad de Pasto.

En aquella sazón allí vecino  
Un Francisco Fernandez Giron era,  
Nombrado luego por ser hombre dino  
En el cargo que tuvo Juan Cabrera;  
El cual con mucha gente con él vino  
A su gobernacion y á su frontera,  
Quejoso como supo del enredo  
Usado por el don George Robledo.

Diciendo, no sin un cierto gemido  
Sacado del profundo de su pecho:  
«Con malos términos ha respondido  
A lo que siempre yo por él he hecho,  
Siendo de mí Robledo preferido  
En voluntad, en honra y en provecho;  
Pero podría ser, pues tiempo rueda,  
Pagalle yo con otra tal moneda.»

No faltaron muy buenas voluntades  
Entre varones nobles desta gente,  
Solicitos en las conformidades,  
Y no hallaban seco despidiente  
Ni razon resoluta de amistades  
Que por entero fuese concluyente,  
Pues solamente siendo persuadido  
Parecia prestalles buen oido.

Sabido por Robledo que venia,  
En su lugar, á le besar las manos,  
A Barros y al comendador envia,  
Ambos á dos hidalgos lusitanos,  
Y Alvaro de Mendoza que los guia,  
Y otros muchos que van con pechos sanos;  
Los cuales topan con el avanguardia,  
Y dicenles venir en retaguardia.

Pasaron todos ellos adelante  
A dar de su mensaje las razones:  
Benalcázar mostró ledo semblante,  
Pero no sin dañadas intenciones;  
Pues desarmándolos en un instante,  
A todos les mandó poner prisiones,  
Y caminó con ellos á recado  
Sin Robledo poder ser avisado.

El sol cubria ya dorada frente,  
Dejando sin su luz la media esfera,  
Y el dicho Benalcázar no consiente  
Que la gente detenga su carrera,  
Hasta llegar adonde de presente  
Los avisos el mariscal espera,  
En un pueblo que se llamaba Pozo,  
Do se precipitó todo su gozo.

Y así por asperísimo camino  
Y un riguroso paso de quebrada,  
El animoso Benalcázar vino  
A Pozo, villa ya conmemorada,  
Donde sobresaltaron al vecino  
Y al mariscal cercaron la posada,  
Al cual pusieron inmediatamente  
En cepo y grillos como delincuente.

Con examinador de peccadoras  
Almas, lo meten en pequeña pieza,  
Y sin mas intervalos ni demoras  
Tapete y el cuchillo se adereza;  
De manera que dentro de dos horas  
Mandó que le cortasen la cabeza,  
Y al comendador Sosa, que sin rienda  
En los negocios suyos metió prenda.

Dia del bienaventurado santo  
Seráfico Francisco, cuya fiesta  
Se suele celebrar con dulce canto  
Del coro de católicos, aquesta  
Se celebró con lágrimas y llantos,  
Y traje que tristeza manifiesta;  
Apelan del rigor de la sentencia,  
Mas nunca lo movieron á clemencia.

Cargaron religiosos y los legos  
Con pientísimas intercesiones,  
Mas fueron poca parte con sus ruegos  
Para les otorgar apelaciones:  
Tan vivos y encendidos son los fuegos  
De los apasionados corazones,  
Pues en lo mas ó menos importante  
No se les pone cosa por delante.

Sacaron de la cárcel los dos juntos  
Con espantosa voz de pregonero,  
Los graves rostros ya como defuntos,  
Enajenados del color primero:  
Sollozos y suspiros son los puntos  
De los ministros del honesto clero;  
La muchedumbre que los acompaña  
Con lágrimas sin fin el rostro baña.

Al horrible lugar del sacrificio  
Los llevaron con cruces en las manos;  
Llegóse de los indios gran bullicio  
Para ver justiciar los dos cristianos;  
Hicieron los verdugos el oficio  
Que suelen los ministros inhumanos:  
Quedaron con las impías heridas  
Las almas de los cuerpos despedidas.

En dos partes divisa la garganta,  
Sale vital humor y rubicundo,  
Porque veais cuán presto se quebranta  
El edificio vano deste mundo,  
Que sobre grandes torres se levanta  
Y en un punto lo veis en el profundo:  
Locura es no recelar mudanza  
Quien mas subida tiene la balanza.

Ahorcado murió desde á dos días  
Baltasar de Ledesma ya nombrado,  
Y otro con él, que fué Cristóbal Diaz,  
Para cualquier afrenta buen soldado:  
Hizo prender al padre Juan de Frias,  
Y estuvo con prisiones molestado;  
Al Mendoza y al Barros antes presos  
Con solamente cárcel fueron lesos.

Para librarse del rigor malino,  
Furiosas y primeras tempestades,  
Valió no se hallar al desatino  
De las antioqueñas vanidades,  
Y Francisco Fernandez ser padrino  
En que les concediesen libertades,  
A causa que de tiempos mas antiguos  
Ambos á dos le fueron muy amigos.

Pues Benalcázar por echar el sello  
A los enojos de varón severo,  
Envió por juez á Juan Coello  
A Antioquia con poder entero,  
Con presupuesto de estirar el cuello  
A los de la prision de Madroñero,  
Y el buen Gaspar de Rodas por teniente  
Y capitán mayor de aquella gente.

Mas el Gaspar de Rodas como bueno,  
Deseando librallos desta pena,  
Puso secretas cartas en un seno  
A punto y á sazón que les fué buena,  
Pues los culpados dejan el terreno  
Y caminaron para Cartagena;  
Y así Coello por aquellas sendas  
Nunca halló culpados ni haciendas.

Destos un Almaraz era primero,  
Clérigo que tenían en estima,  
Y Diego de Mendoza y Ladrillero,  
El cual tuvo después indios en Lima;  
Fué Diego Hogazon su compañero,  
Con otros que no caben en mi rima,  
Soldados del Robledo valedores  
De los mas escogidos y mejores.

Sin sucedelles mal inconveniente  
Llegaron donde tengo referido,  
Y estos con mucha cantidad de gente  
Que residian por aquel partido  
Llevó consigo Gasca, presidente  
Que ya contra Pizarro era venido;  
Así que de la gente mas lucida  
La costa por allí quedó barrida.

El don Pedro de Heredia, que cansado  
Estaba de jornadas, y en efeto  
De golpes de jueces descarnado,  
Que cierto lo pusieron en aprieto,  
Viéndose de vejez ya rodeado,  
Puso los ojos en estar quieto,  
Si dominio fatal y violento  
Condescendiera con su pensamiento.

Mas aunque ya con horas y rosarios  
Eran sus tractos y conversaciones,  
Teniendo los avisos necesarios  
En nunca perder misas ni sermones,  
Todavía duraban de contrarios  
Dañadas y malditas intenciones,  
Cuyos contrastes eran de tal suerte  
Que fueron ocasiones de su muerte.

Mas antes que lleguemos al remate  
Y fin acerbo del varon famoso,  
Quiero contar un pérfido dislate  
Intentado por cierto religioso,  
Porque razon requiere que lo trate  
Por ser atrevimiento monstruoso,  
Y sin entremeter paja ni ripio  
Diremos el origen y principio.

El año de quinientos y cincuenta  
Hicieron los Contreras tal exceso,  
Que con mano sacrilega, violenta,  
Mataron al obispo Valdevieso;  
Y en él también sus manos ensangrienta  
Castañeda, que fué fraile profeso  
En Nicaragua, do con los traidores  
Se congregaron muchos malhechores.

Fueron á Panamá los delincuentes  
Do hicieron también hechos inicós,  
Y con lo que robaron á las gentes,  
Si les durara, fueran todos ricos;  
Iban allí como sobresalientes  
También otros dos frailes dominicos,  
Fray Andrés de Albis muy desvanecido,  
Con otro fray Alonso tan perdido.

Vencidas estas pérfidias banderas  
Por un Martin Rüiz, dicho Marchena,  
Y poblados los campos y riberas  
De los que merecian mortal pena,  
No sé yo por qué vias ó maneras  
Fueron los frailes dos á Cartagena,  
En cuyo territorio y hemisferio  
Era recién fundado monasterio.

Fray Josepe de Robles fué primera  
Persona fundadora del convento,  
No donde agora está, sino mas fuera,  
Que en los jaqueyes fué primer asiento;  
Este los recogió, que no debiera,  
Aunque debió de ser con buen intento;  
Después al reino se mudó, dejando  
Al fray Andrés de Albis con su mando.

Viéndose ya señor del monasterio,  
El apetito fué de mayor cebo,  
Pues quiso ser monarca del imperio  
De cuanto damos hoy al mundo nuevo;  
Y no fuera milagro ni misterio  
Ahogarse con un tan solo huevo,  
Porque veais á qué se determina  
En traje de humildad una gallina.

En este tiempo, por lo sucedido  
En los rebeliones mal fundados,  
Habian muchos de Pirú venido  
Por Gasca, presidente, desterrados;  
Y el destierro debió de ser medido  
Segun la cualidad de los pecados,  
Y los que merecian menor pena  
Se quedaban allí por Cartagena.

Diego de Vargas Caravajal era  
Uno destes, y Ochoa, vizcaino,  
Que mucho rehusaron la carrera  
Cuando con la traición el fraile vino;  
Mas él los indució de tal manera  
Que se prendaron deste desatino;  
Y estos dos, que después hicieron piezas,  
Quedaron señalados por cabezas.

Comienzan á juntar gente baldía,  
Armas y belicosos instrumentos,  
Con el secreto que les convenia  
Debajo de solemnes juramentos;  
Y el dicho fray Andrés señaló día  
Para principios tristes y sangrientos,  
Ocupados estando los vecinos  
En los oficios sacros y divinos.

Fué la resolución entrellos esta,  
Dispuesta por el mónaco profano:  
Predicar él en una cierta fiesta,  
Por ser predicador el mal cristiano,  
Y allí los acabase gente presta  
Cuando hiciese señas por la mano;  
Mas para sus contentos y placeres  
Reservasen á solas las mujeres.

Concertados los torpes desvarios,  
Puestas las cosas todas en sus manos,  
Hacian cuenta de tomar navios,  
Y en ellos embarcarse los tiranos  
Para domar los otros señorios  
De Panamá, con pueblos comarcanos,  
Y desde Panamá pasar á Lima  
Y subyectar el resto de por cima.

Estas cosas y otras representa  
El mal prior á todos los damnados,  
Y dice que de gente descontenta  
De los que fueron mal galardonados,  
Y muchos que vivian con afrenta,  
Innumerables eran los soldados  
Dispuestos á pasar esta carrera,  
En viendo levantar cualquier bandera.

Encarece su próspera ventura  
Hablando con la pérdida cuadrilla,  
Promete colocallos en altura  
De que suele gozar escelsa silla:  
Mirad á cuánto llega la locura  
De un hombrecillo vil y con capilla,  
Queriendo ya trocalle por almete  
Y de tan gran traicion ser alcahuete.

Pues cuando la traicion y alevosia  
Intentaba con tacito recado,  
Era ministro de la sacristia  
Un Alonso Rüiz, bien inclinado,  
Que fué después por su sabiduria  
En este Nuevo Reino prebendado,  
Músico principal de voz y dedo,  
Y natural del reino de Toledo.

Este que no sabia desta guerra  
Que por traidora gente se movia,  
Un mancebo tenia de su tierra  
En su posada y en su compañía:  
La memoria del nombre ya se yerra,  
Que no me acuerdo cómo se decia;  
Pero por no tener aviamiento  
Para Pirú, vivia descontento.

Y viéndolo con angustioso pio  
El Alonso Rüiz, por consolallo,  
Para subir al reino por el rio  
Habló con quien podía negociallo,  
Y hasta la barranca le dió avio  
De tamemes ladinos y caballo,  
Y allí canoas y matalotaje  
Para que prosiguiese su viaje.

Salió de la ciudad el peregrino  
Con este sobredicho pensamiento,  
Y á la primer jornada del camino  
Topó con tres de los del alzamiento,  
En heredad cercana de un vecino,  
Donde les proveian de sustento,  
Debajo de buen fin y sin sospecha  
De la grave maldad que se pertrecha.

Los tres de la cuadrilla detestable  
Hicieronle muy buen acogimiento,  
Y mediante conversacion afable,  
Supieron de sus pasos el intento:  
Dijéronle ser tierra miserable  
Y camino de gran desabrimiento;  
Que se lo mostrarán de mas regalo,  
Donde deseche presto pelo malo.

Muchas cosas le dicen, y en efeto,  
Después de conjuradas prevenciones,  
Le descubrieron en lugar secreto  
Sus traidoras y malas intenciones;  
El cual sin discrecion y sin respeto  
Se venció de sus pérfidias razones,  
Y hasta ver aquella maldad llena  
Determinó volver á Cartagena.

Entróse sonriendo por el nido  
Adonde hizo su primer escala;  
El Alonso Rüiz, como le vido  
Entrar con su hatillo por la sala,  
De repentina cólera movido,  
Le dijo: «Vengais mucho en hora mala;  
Gasté por aviaros infinito,  
¿Y volveis á las ollas de Egipto?»

El mozo le responde: «No se espante  
Vuesa merced, señor, que no quisiese  
Por agora pasar mas adelante,  
Pues en ello me va gran interese,  
Y sé que me dirá ser importante  
Si por ventura yo se lo dijese.»  
El Alonso Rüiz luego le instiga  
Con importunidad que se lo diga.

Llegóse del oído muy cercano,  
Y declaróle toda la substancia:  
El otro, que sintió furor tirano,  
Le dijo sin guardar mas circunstantia:  
«¿Oh hi de puta, puto, mal cristiano!  
¿Y ese llamais negocio de importancia?  
Id al adelantado, dadle cuenta  
Quién es aquel que tal maldad intenta.»

» No reparéis ganarme por la mano  
Antes que mis palabras se deslicen;  
Mira que luego declareis de plano  
Todo cuanto sabeis y aquellos dicen,  
Porque si no, prometo de un villano,  
Que tengo de hacer que os descuarticen.»  
El mozo le rogó que con él fuese  
Para que su mandato se cumpliese.

Viéronse pues con el adelantado,  
Y el Alonso Rüiz, como debía,  
Dijo luego: «Señor, este soldado  
Quiere hablar con vuestra señoría  
Un negocio que dice ser pesado,  
Y rogóme que fuese yo la guía:  
No sé lo que se quiere; pero siento  
Que debe ser negocio de momento.»

Para que la razon fuese tan nota  
Cuanto fueron los sonos que le dieron,  
En parte de la casa mas remota  
Heredia y el mancebo se metieron,  
Donde le relató, sin faltar jota,  
Lo que los tres soldados le dijeron;  
Y así con la debida diligencia  
Mandó traer los tres á su presencia.

Fué la prision nocturna, sin ruido,  
Y con tan recatado miramiento,  
Que de nadie fué visto ni sentido  
Aquel acelerado mandamiento;  
Y dellos el delicto conocido,  
Sin que los apremiasen con tormento,  
Supo también, para mayor aviso,  
En otras circunstancias lo que quiso.

Pues como la maldad fuese notoria  
Contra las honras, vidas y caudales,  
Y no para perder de la memoria  
El hacer diligencias puntuales,  
Fué, como general, Joan de Villoria  
Con copia de vecinos principales  
A Cipacua, para prender traidores  
Y al fraile y á los otros dos autores.

Despachóse también por otra via  
A don Luis Bravo, cierto caballero  
Que en este Nuevo Reino do vivia  
Lo conocí después encomendero;  
Aqueste recogió gente baldía  
Tocada de la mancha que refiero,  
Y culpados ó libres de la pena,  
Llevó gran cantidad á Cartagena.

Hizo Villoria pues jornadas largas  
Hasta poner en su lugar la proa:  
Espántanse de ver lanzas y adargas  
Que hieren rayos de la parte eoa;  
Prenden por buenos términos al Vargas,  
A los frailes también y al Pedro Ochoa;  
Ansimismo prendieron los soldados  
Que con ellos estaban congregados.

Algunos sueltos y otros en cadena  
Con palabras de buen comedimiento,  
Llegan á la ciudad de Cartagena,  
Y al Vargas se le dió luego tormento;  
El cual y los demás dignos de pena  
Declararon con él su mal intento,  
Y según merecia su malicia,  
Se hizo dellos ejemplar justicia:

El Ochoa y el Vargas arrastrados  
Y en ocho partes ambos divididos;  
Los demás oficiales ahorcados,  
Y con azotes los demás punidos;  
A Castilla los frailes desterrados,  
Con grillos en navios son metidos;  
Otros menos culpados en el yerro  
Condenados salieron á destierro.

Como surgiere pues en la Habana  
La nao do fray Andrés estaba preso,  
Tentó de se huir con obscurana,  
Sin nadie poder ver aquel esceso;  
El cual, viendo con viento tramontana  
Estar un cable acia tierra tieso,  
Asiendo dél creyó que guía fuese  
Para llegar adonde se abscondiese.

Y así le sucedió, pues en alcance  
Yendo de tierra para tomar puerto,  
La nao parece ser hizo balance,  
Tal que quedó con aguas encubierto;  
Y en este mas que miserable trance  
Lo recibió la blanca Tetis muerto:  
Dicen que lo hicieron dios marino,  
Mas á creello no me determino.

Aqueste fué su fin y paradero  
Por noviembre del año precedente....  
Y luego después desto, por enero,  
El otro que á cincuenta fué siguiente,  
Espanto y alboroto mas entero  
A la ciudad le vino de repente,  
Por casual y general incendio,  
Del cual quiero hacer breve compendio.

Tenian casas en aquella era  
Personas pobres ó cualificadas,  
Los altos y los bajos de madera  
Con cogollos de palmas cubijadas;  
Y aun hoy algunas hay desta manera,  
Que no todos las tienen mejoradas,  
Y son las sobredichas coberturas  
Para llamas de fuego mal seguras.

Porque con soplos del continuo viento  
Y el ardiente calor, están las ramas  
Dispuestas siempre para nutrimento  
De las veloces y movibles llamas,  
No con menos ligero movimiento  
Que globos que deshacen duras tramas,  
Impelidos del polvo salitroso  
Por el cañon cruel y fulminoso.

Al tiempo pues que negras confusiones  
Cubrian con su nubo tenebroso  
A gentes de las indicas regiones,  
Llenas de soporifero reposo,  
Una mujer tomaba las unciones,  
Que padecia mal contagioso,  
Y las ministras se dejaron brasas  
Pegadas á la cerca de las casas.

Enciéndense los palos con la lumbre,  
Y fué la fuerza dellos de manera,  
Que voló presto hasta la techumbre  
Y salió por encima la cumbre,  
Usando de su natural costumbre,  
Invalesciendo contra la madera:  
Salta del lecho la doliente dama  
Como vido los humos y la llama.

Eran aquestas casas al remate  
Del pueblo, que es do leste se deriva;  
Y entonces era tanto su combate  
Que no se vido cosa mas esquivo:  
Centellas sobre las demás abate,  
Y con furiosos soplos las aviva;  
Vieron la lumbre gentes castellanias  
Y á gran priesa repican las campanas.

Los de la ciudad alborotada,  
Pensando ser cosarios, salen fuera:  
Huye sin su marido la casada,  
Sin esperar á padre la soltera,  
Una descalza, otra destocada  
Y otra con menos ropa que quisiera;  
Otros acuden al primero fuego  
Imaginando mitigallo luego.

Pero la llama con sus remolinos  
Por varias partes los escandaliza,  
Y el viento con fumosos torbellinos  
Y presurosos soplos mas atiza,  
Tanto que casas de los mas vecinos  
Se convierten en polvo y en ceniza:  
La revuelta, la grita y el estruendo  
De las gentes y llamas es horrendo.

Segun un rio cuando va crecido  
Y baja de los altos de repente,  
Por piedras y peñascos divertido,  
Fuera del curso viejo la creciente,  
Que con aquel acuático ruido  
Se turban los oidos de la gente,  
Y con el rumor sordo y espantable  
No se percibe cosa que se hable:

Así también con los fogosos sonos  
De las pajizas casas que se encienden,  
Iban en crecimiento turbaciones,  
Sin que supiesen quiénes los ofenden;  
Y si preguntan causas y razones,  
Los unos á los otros no se entienden,  
Ni nadie dellos en aquella plaga  
Sabe qué se responda ni qué haga.

Los que pensaban ser cosario marte  
Y sobresalto de francés avaro,  
Huyendo van por una y otra parte,  
El ausencia tomando por reparo;  
Pero la mucha lumbre fué de arte  
Que se desengañaran con su claro:  
Cada cual vuelve do su casa arde,  
Pero cuando vinieron era tarde.

Porque la llama fué tan presurosa,  
Sin que breve momento reparase,  
Que fué substancia poco provechosa  
Ya que de llamas algo se librase,  
Y á todos cuasi no les quedó cosa  
Que no se consumiese y abrasase;  
De tal manera, que los mas subidos  
Quedaron totalmente destruidos.

Heredia viendo desde plaza rasa  
Arder la iglesia, fué por socorrela,  
Y cuando revolvió sobre su casa,  
Do vió prevalecer viva centella,  
Hallóla toda ya tan hecha brasa,  
Que se le quemó todo, sin que della  
Pudiesen escapar cosa ninguna:  
Que fué terrible golpe de fortuna.

La cual no tuvo menos inclemencia  
Con él después, trñenió ya pasado,  
Porque le vino para residencia  
Por juez el doctor Juan Maldonado,  
Fiscal y oidor después en el audiencia  
Deste distrito ya conmemorado,  
Donde residen hoy sus tres sobrinas  
Que son de grandes alabanzas dinas.

Doña Leonor, doña Isabel, doña Ana,  
Puestas con gran razon en escriptura  
Con tinta de alabanza soberana,  
Porque demás del don de hermosura,  
Su gran bondad, honor, vida cristiana,  
Camino van de celestial altura,  
Y no menos lo llevan sus concetos  
De hijos y de hijas y de nietos.

Aqueste doctor era de Sevilla  
Y por algunas prendas obligado  
Al favor de George Quintanilla,  
Vecino principal y muy honrado,  
Pero del número de la cuadrilla  
Que perseguian al adelantado;  
Y en esta residencia que refiero  
A mí me consta selle mal tercero.

Para tomalle pues la residencia  
Término señalado se pregona;  
Y aunque tuvo debida reverencia  
En tractar con respecto su persona,  
Aquel odio, rancor y mal querencia  
Del que ya señalé lo desentona,  
Y otras muchas dañadas intenciones  
Le hicieron usar de sinrazones.

También Beltrán, á cuyos pedimientos  
El juez vino con humor adusto  
Por agravios y malos tractamientos,  
Fué causa principal de su disgusto,  
Pues en dar ó quitar repartimientos  
Ningun juez en Indias es tan justo  
Que pueda segun las variedades  
Ajustarse con todas voluntades.

A dar favor á este se convierte  
Toda la junta de los mal querientes,  
Con ser un hombre no de tanta suerte  
Que poseyese prendas eminentes;  
Mas en efecto, causa de su muerte  
Y de gran sinsabor á sus parientes,  
Por arimar jueces el derecho  
A quien les encamina mas provecho.

Y así, para salir con el intento,  
Este doctor con leyes lo reboza;  
También con sus parientes al momento  
Anduvo la pasion á toda broza;  
Quitó los indios y repartimientos  
Al capitán Alvaro de Mendoza;  
Pero volviélosos mejor justicia  
Después que les constó de la malicia.

Pues el adelantado como via  
Que procuraban dalle zancadilla,  
Y que con el doctor prevalecia  
La mala voluntad de Quintanilla,  
Consideró que mucho le cumplia  
Apresurar sus pasos á Castilla;  
Y así se despachó secretamente,  
Y Alvaro de Mendoza juntamente.

Segue con mal agüero la derrota,  
Y en una conjunción que no debiera,  
Por ir en los navios de la flota  
De que Gomez Farfán general era,  
Donde fortuna mala fué pilota,  
Entonces falsa y antes lisonjera;  
Pero pudo meter en el Habana  
Cosme Farfán su flota toda sana.

Hasta llegar allí no faltó maña,  
Por ser hombre de mar bien advertido;  
Serian veinte naves de compañía,  
Con las cuales estubo detenido,  
Esperando las de la Nueva-España,  
Tres meses en amores divertido,  
Todos los del viaje descontentos  
Por las tardanzas y detenimientos.

Durantes estos dias mal gastados,  
Como por ciertas causas se desamen  
Santos de Alger y Marañon, soldados,  
Allí tuvieron singular certamen,  
Y solos, de sus armas preparados,  
Hicieron de las fuerzas tal examen,  
Que en el litigioso desconcierto  
Uno destos soldados quedó muerto.

El vivo, por la pena merecida  
Que recelaba por sus maleficios,  
A gran priesa tomó para guardada  
La casa de los santos sacrificios:  
Farfán al Marañon viendo sin vida,  
Tomó soldados que halló propicios,  
Y al Santos que con santos halló solo  
Sacólo de la iglesia y ahorcólo.

Hizo sus diligencias el prelado  
Antes que ejecutase la sentencia;  
Y visto no cumplirse su mandado,  
Sino perseverar en la demencia,  
Con anatema fué descomulgado,  
Por los quebrantamientos y violencia;  
Reiase Farfán, y como loco  
Tuvo la tal descomunion en poco.

Y así, sin procurar absoluciones  
Ni se parar á correccion cristiana,  
Haciéndole cien mil protestaciones  
Cada dia la gente castellana  
Acercera de sus grandes dilaciones,  
Determinó salir de la Habana,  
Y aun porque don Antonio de Ribera  
Esta quiso dejar y salir fuera.

El cual llevaba del Pirú bastantes  
Recados de poderes é instrucciones  
Para pedir al rey cosas tocantes  
Al bien de aquellas prósperas regiones;  
Y solo, sin los otros navegantes,  
Quiso salir de aquellas confusiones,  
En San Andres, un galeon terrible  
Que compró por ser hombre de posible.

Tal intencion por el Farfán sabida,  
Que por ventura fué con tal intento,  
Dió pregon que so pena de la vida  
Nadie haga del puerto mudamiento;  
Mas aprestóse para la partida  
No sin sospecha grande de mal viento,  
Pero por los murmurios de las gentes  
No curó de mirar inconvenientes.

Salió del puerto, no de buena gana,  
Que de mar bonancible desespera,  
Y del galeon hizo capitana  
Donde iba don Antonio de Ribera;  
No ballan los navios la mar llana,  
Antes los contrastó tormenta fiera,  
Y cuanto mas la noche se cerraba  
La mar mas se movia y alteraba.

Durante pues aquella noche ciega,  
Por un rumbo que estaba mal seguro,  
El galeon á mas andar se aniega,  
Del cual mandan soltar un pasamuro;  
Luego la flota toda se le llega,  
Y dió cuenta Farfán del trance duro,  
Y á grandes voces le responde luego  
Un piloto llamado Joan Gallego:

«Señor, pues dáis tan malas esperanzas  
De poder escapar desos estremos,  
Al sur teneis el puerto de Matanzas,  
Allá conviene mucho que arribemos,  
Porque fuera de tales destemplanzas  
Esas necesidades remediamos;  
Mas al entrar mirad por el alhaja  
Porque no zabordeis en una laja.»

El general le dijo: «Sed vos guía;  
Poned farol con la posible priesa,  
Porque por donde vos hicierdes via  
La derrota de todos será esa.»  
Entraron todos bien por do decia;  
Mas la nao llamada la Condesa,  
Por no saber el bajo no se arriedra,  
Y al entrar encalló sobre la piedra.

Surtas las otras naos y bajeles,  
Luego las otras gentes del viaje  
Rodean la Condesa con bateles  
Y sacan oro, plata y el fardaje,  
Hasta la carga de bovinas pieles,  
Y grandes cajas de matalotaje;  
Después con anclas y con cabestrantes  
Hicieron que nadase como antes.

Metiéronla, ya libre de la peña,  
Por parte que no cubre mal engaño,  
Y la cuadrilla náutica domeña  
Brazos robustos al henierto caño  
De la bomba, que luego les enseña  
Tener remedios prestos aquel daño;  
Y así los marineros oficiales  
Acuden con debidos materiales.

Della y del galeon fuera la ropa,  
Con lado que les da quien los menea,  
Recorriendo de proa hasta popa,  
La parte peligrosa se tantea:  
Aprietan calafates el estopa,  
Cubre costuras la teosa breña,  
De tal manera, que se hacen ciertos  
Que podrian dejar aquellos puertos.

Pero por se mostrar el mar obscuro,  
Cuarenta dias tienen de reposo  
Allí, que saben ser puerto seguro  
Contra furias del Orion proceloso  
Y bravas tempestades del Arturo  
Que entonces se mostraba riguroso;  
Al cabo de los cuales con bonanzas  
Salieron deste puerto de Matanzas.

Al escorpion nocivo Febo deja  
Por visitar al fuerte sagitario,  
Cuando la turba náutica perpleja  
Echa juicios con parecer vario;  
Pero por votos de los mas, se aleja  
Con los amenazar tiempo contrario,  
El efecto del cual fué de manera  
Que cada cual de vida desespera.

Y así la flota no va recogida,  
Porque con los rigores turbulentos  
Fué por diversas vias divertida,  
Molestada de aguas y de vientos;  
Llegó Cosme Farfán á la Florida  
Con las naos que siguen sus intentos;  
Hallóse la Condesa que echó senda  
En solas ocho brazas de mar fonda.

Aviso quiso dar de la fondura  
Con voluntad, á lo que dicen, sana;  
Pero como no hay hora segura,  
Llegó sin que aminase la mesana,  
Y por inopinada desventura  
Embiste con la nao Capitana,  
Y el golpe que le dió fué tan pesado  
Que la rompió por medio del costado.

Todo cuanto tenia la cubierta  
Al mar tempestuoso se convierte;  
A las saladas aguas abrió puerta  
Para trance mortal infausta suerte,  
Pues allí si se via cosa cierta  
Era la certidumbre de la muerte:  
Oyense grandes gritos y alaridos  
De los que de las aguas son sorbidos.

Tristes pero brevisimas querellas  
En balde pudo dar Ana Carmeña,  
Y con ella también ocho doncellas  
Mestizas que servian á esta dueña;  
Pues hechas una balsa todas ellas  
El impio mar la muerte les enseña,  
Con otros, que debieron ser cuarenta,  
Absortos de la grávida tormenta.

Los otros de la misera tragedia,  
Por jarcias y por mástiles asidos,  
Entre tanto que gente los remedia  
Y sean con bateles socorridos;  
Entrestos mismos don Pedro de Heredia,  
Farfán y don Antonio, sin vestidos,  
Que con el resto que no se pregona  
Entraron en la nao Bretendona.

Perdido pues aquel desta manera  
Por ocasion y via tan estraña,  
Los otros prosiguieron su carrera  
Hasta poner las proas en España;  
Mas en el golfo, con tormenta fiera  
Que cuanto mas navegan mas se ensaña,  
La nao Bretendona mal se halla  
Con agua que no pueden agotalla.

Pidió socorro como convenia,  
Y á lo dar ocurrieron con presteza  
Con nave que Cosme Buitron traia,  
Donde metieron toda la riqueza;  
Y entró la temerosa compañía  
Llena de confusion y de tristeza,  
Trocado cada cual de su figura  
Por tan continuada desventura.

Entraron licenciados y doctores,  
El buen Heredia y otros caballeros,  
Y Góngora y Galarza, dos oidores  
Que deste reino fueron los primeros;  
Entraron confusiones y temores  
Adivinando malos paraderos;  
Entró fuera de todo regocijo  
El gobernador Sancho de Clavijo.

Ansimismo subyectos á Neptuno  
Otros iban allí no tan insines,  
Mas con temor no menos importuno:  
Notarios, escribanos y malsines,  
De los cuales á uno ni ninguno  
Conoci que tuviese buenos fines,  
Antes tristisimos acabamientos  
Y sin gozar de santos sacramentos.

Bien creo yo que no haré cosquillas  
Al bien intencionado ni al modesto;  
Mas de muchos que vi por estas villas,  
Hablo tan solamente deste puesto,  
Podria declararos maravillas,  
Por mi consideradas cerca desto;  
Cuya muerte de nadie fué plañida  
Y tal que dió gran muestra de su vida.

Hambrientos lobos que todo lo quieren  
Y á los demás les cuentan los bocados;  
Vayan las cosas por adonde fueren  
La casa llena hasta los tejados;  
Robando viven y robando mueren  
Y en robos son sus dias acabados;  
Y al cabo de la vida tanta mengua  
Que pocos dellos mueren con su lengua.

Destos iban allí no sé qué tantos,  
Y cada cual el cofre proveido,  
Que vistos los mortíferos espantos  
Quisieran muy mejor haber vivido:  
Todos llaman al Santo de los santos  
Con devocion y lánguido gemido,  
Porque el viento, la mar, la destemplanza,  
Quitaba del vivir la confianza.

Con esta furiosissima refriega  
Llegaron al paraje de Zahara,  
La costa della toda turbia, ciega,  
Y tal que no se via cosa clara;  
A los cables y áncoras entrega  
Buitron la nave dicha y allí para,  
Pensando que los inconstantes vientos  
Mitigaran sus ásperos alientos.

Pero la furia dellos era tanta  
Que desconsuela la compañía triste,  
Y de los bajos piés á la garganta  
El espumoso golpe los embiste;  
Hasta las altas gavias se levanta,  
Y por ninguna via se resiste:  
Cuanto oyen y ven los amenaza  
Y el hilo del vivir les adelgaza.

Temen quel agua no los arrebate  
De la cubierta por do va corriendo;  
Oyen por los peñascos el combate  
Donde las olas quiebran con estruendo;  
Impetuoso viento los abate  
Con furia, tempestad y son horrendo;  
En camisa, sin calzas y sin sayos,  
E ya todas sus fuerzas son desmayos.

Los unos y los otros lamentando,  
Hiriendo con temblor dientes con dientes,  
Tablas, barriles, palos procurando  
Con otros materiales diferentes,  
Para llevar con ellos sustentando  
Los cuerpos miserables y dolientes,  
Rendidos al rigor del mar airado  
Bravo, feroz y desapiadado.

En este trance mas que miserable  
Porque la noche no los ocupase,  
Pareciéndole medio razonable  
Con que la gente toda se salvase,  
Mandó Cosme Farfán cortar el cable,  
Y en la playa la nave zabordase;  
Lo cual se hizo como lo mandaba,  
Pero no sucedió como pensaba.

Porque como llevaba tanta carga,  
A breves pasos encalló la quilla;  
Fué para brazos la distancia larga,  
Pues con ellos pretenden el orilla;  
Allí la confusion triste y amarga,  
Allí la turbacion y la mancilla;  
Fuera recelan el mortal encuentro,  
Peor y mas crúel si quedan dentro.

Ya la nao por partes se reparte;  
Fuera de su lugar el timon anda,  
Las obras muertas van por una parte,  
Jarcias y velas van por otra banda;  
Nadan los que son diestros en el arte,  
Como necesidad urgente manda;  
A tierra llegan recios marineros  
Y Farfán y Buitron de los primeros.

Los menos diestros en aquestos usos,  
Cuyas cubiertas son las carnes solas,  
Andan allí revueltos y confusos  
Tragando ya la muerte con las olas;  
Quiebra Laquésis los vitales husos  
A mas de cien personas españolas,  
Entre los cuales son los dos oidores  
De mas quieto fin merecedores.

Otros muchos juristas y escribanos  
Bullian por las ondas muy espesos,  
Pero no se valian de sus manos  
Para contra la mar hacer procesos:  
Perecen ellos y papeles vanos  
Do pintaron apostó los escesos;  
Y á los del licenciado Juan Montañó  
El agua no les quiso hacer daño.

Porque viéndolos ir con tales sellos,  
El marino rigor dellos se espanta;  
Digo que se espantó la mar de vellos,  
Y así no los corrompe ni quebranta;  
Y tales en efecto fueron ellos,  
Que su culpa pagó con la garganta,  
Pues exencion tan llena de fureros  
No debió merecer fines mejores.

Télez, que secretario fué primero  
En este reino, ya libre de faldas,  
Se concertó con cierto marinero  
Que lo sacase sobre sus espaldas,  
En pago de lo cual le dió dinero  
Y algunas buenas piedras esmeraldas;  
Cogió las joyas y el delphin se anima  
A navegar con Arion encima.

El Arion novelo se consueta  
Viéndose ya llevar desta manera:  
Mas el delphin robusto que recela  
Poder llegar al fin de la carrera,  
Faltó como faltaba la vibuela,  
Antes de lo sacar á la ribera:  
Al fin Alonso Télez se le queda  
Muerto, y él escapó con la moneda.

La dura tempestad le fué propicia  
Viéndole las espaldas descargadas;  
Mas con duro flagelo de justicia  
Después se las pararon coloradas,  
Diciendo que lo hizo de malicia  
Personas que venian rezagadas,  
A quien valió contra la violencia  
Saber nadar y buena diligencia.

El buen adelantado se adelanta  
En confianza de salir á nado:  
Una vez con las olas se levanta,  
Dellas es otra vez precipitado,  
A la resaca llega, mas es tanta  
Que no le consentia tomar vado,  
Y así lo que buen animo consulta  
Quebrantada vejez le dificulta.

Adonde ve mas quietud arriba,  
Su vencedora fuerza ya vencida;  
En tierra dos ó tres veces estriba,  
Poco le falta para la salida....  
Mas un gran mar de tumbo lo derriba,  
Que fué postrer remate de la vida  
Del capitán egregio, sabio, fuerte,  
Indigno de morir tan mala muerte.

No pudiera con él onda violenta  
Viendo sus brazos en edad mas moza;  
No falta pues allí quien lo lamenta  
Y que de corazon gime y solloza;  
Pues escapó de la crúel tormenta  
El capitán Alvaro de Mendoza,  
Marido digno de mujer tan dina  
Cual es doña Francisca su sobrina.

Digo sobrina del adelantado,  
En su remate falto de ventura,  
Cuyo cuerpo no pudo ser hallado  
Para dalle terrena sepultura,  
Aunque con ansiosissimo cuidado  
Alvaro de Mendoza lo procura,  
El cual se libró de la mar insana  
En una carabela lusitana.

T. IV.

Llegó la nueva pues á Cartagena  
Y larga relacion deste conflicto,  
Donde se recibió tan grave pena  
Que no sabré pintalla por escrito:  
En cada casa generosa suena  
Un gran clamor y doloroso grito;  
Las generosas damas y doncellas  
Daban impacientisimas querellas.

En todos era general el lloro;  
Amigos y enemigos enlutados;  
Los cabellos que esceden hebras de oro,  
Vuelan aquí y allí despedazados;  
Destiérranse las galas y el decoro  
Que solian usar tiempos pasados;  
Hacen demostracion destos dolores  
Las sonoras campanas con clamores.

Y aquella dueña digna de memoria,  
Su sobrina mayor doña Costanza,  
Viuda ya del buen Juan de Villoria,  
Con prendas de no menos esperanza,  
Su sentimiento fué cosa notoria  
A los que conocimos su templanza;  
Pues yo con otros muchos circunstantes  
Oiamos palabras semejantes:

« ¡Oh lumbre de mis ojos, padre mio,  
De mi ventura claro fundamento,  
Pues que padre me fuestes mas que tio,  
En regalos, amor y tractamiento!  
No merecia ser vuestro desvío  
Fatal entre fureros de agua y viento,  
Do la manera del morir escede  
Al dolor que quitar la vida puede.

» A todas las humanas criaturas  
Bien veo quel morir les es anejo;  
Mas de morir en estas coyunturas  
Y concluir con tan amargo dejo,  
Las entrañas crúeles y mas duras  
Conocerán que con razon me quejo;  
Pues que ser y valor tan agradable  
No merecia fin tan miserable.

« ¡Oh fortuna crúel, vil, inconstante,  
Cuan insufribles son tus desafueros!  
¿Quién vivirá con golpe semejante  
Sin desear sus dias postimeros,  
Pues así nos quitaste de delante  
Honra de los honrados caballeros?  
Arrebatástenos, facinerosa,  
Un ejemplar de vida virtuosa!

» Venciste ya la vencedora mano;  
Llevástenos al invencible pecho,  
Aquel entendimiento soberano,  
Y al instrumento del comun provecho,  
A quien á todos fué padre y hermano,  
Cabal en las palabras y en el hecho,  
Fácil en perdonar cualquier injuria  
En movimiento de la mayor furia.

» Nunca jamás apeteció venganza,  
Y en las ejecuciones del castigo  
Muy menor el rigor que la templanza,  
Y tanta mas cuanto mas enemigo:  
Comun y general es la probanza  
Que puede confirmar esto que digo;  
Razon hacé hablar, y no fatiga,  
Sin temor de que nadie contradiga.

Con tales loas voz enternecida  
Los oidos hirió de los oyentes;  
Las cuales, si razon es conocida,  
No se pueden decir impertinentes,  
Y á vuelta de las quejas no se olvida  
De las cosas al alma convinientes,  
Pues para celebrar los funerales  
Hizo las diligencias principales.

Vinieron luctuosas compañías,  
Ansí de dueñas como de varones;  
Acudieron devotas cofradías,  
El dean y cabildo y religiones;  
Hubo por el espacio destos dias  
Luculentos y pródigos sermones,  
Y todo lo demas tan en su punto  
Que se mostró por él el del difunto.

28

El túmulo rodean luminarias  
Que tienen en las manos diferentes  
Naciones bravas que le dieron parias  
Y á sus mandados fueron obedientes;  
Allí pusieron muchos letras varias,  
Epitafios y versos escelentes,  
Mas no puedo hacellos manifiestos  
Por acordarme solamente destes:

*Perdidit invictum Martem suribunda procella,  
Tempestas famam perdere nulla potest,  
Quin potius scribi calamo sua facta perenni  
Poscunt, in nullos interitura dies.*

Al insuperable Marte Antes la mas breve suma  
Venció la tormenta fiera, De sus hechos pide pluma  
Dando fin á su carrera, De tan sonora trompa,  
Pero no pudo ser parte Que ni el tiempo la corrompa  
Para que su fama muera: Ni malicia la consuma.

### ELEGIA

A la muerte de Joan de Bustos de Villegas, segundo go-  
bernador de Cartagena por provision de la R. M.

#### EN UN SOLO CANTO.

Después de ser en el adelantado  
Ejecutada la fatal sentencia,  
El doctor gobernó Juan Maldonado,  
A quien luego de la real audiencia  
Fué deste nuevo reino señalado  
Por juez que tomase residencia  
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,  
Persona grave, docta y estimada.

Pero por ser á su salud embargo  
El temple de las tierras y contrario,  
Su morada no fué de tiempo largo,  
A causa de buscar el necesario;  
Y á Francisco Velazquez dejó el cargo,  
Hoy en aqueste reino secretario,  
Que aunque mozo mostró tener talento  
Para negocios de mayor momento.

Y así con su valor y buenas mañas  
Compuso graves y pesadas bregas,  
Por no faltar allí parciales sañas,  
Contrarios bandos y pasiones ciegas;  
Y con poder del rey de las Españas  
Sucedió Juan de Bustos de Villegas,  
Del cual quieró tractar por orden raso  
Las cosas que hicieren mas al caso.

Uno faltaba ya para sesenta  
Años de mas de mil y otros quinientos,  
Cuando con este cargo se presenta,  
Mediante los reales mandamientos.  
Daba de su gobierno buena cuenta,  
Alegres los vecinos y contentos;  
Pero poco después al Juan de Bustos  
No faltaron enojos y disgustos.

De los cuales no fué menor azote  
Venir para robar el oro y plata,  
El próspero caudal y rico dote  
Destos marinos puertos, un pirata  
Que se dijo don Juan, y un Martín Cote,  
Franceses de la Galia bracata,  
Con siete naos, cada cual potente,  
Y en ellas grande número de gente.

Sabida su venida por la via  
De Santa Marta, cuyo flaco puerto  
El robador cosario ya tenia  
A su querer y voluntad abierto,  
El Juan de Bustos, como convenia,  
Puso sus pocas gentes en concierto  
Para se defender desta potencia,  
Haciendo la posible resistencia.

Mandó hacer trincheas y bestiones  
Con gran solicitud en las entradas,  
Aunque de necesarias municiones,  
Por le faltar, no bien aderezadas;  
Convocó caballeros y peones,  
Hizo venir las gentes derramadas,  
Entrellos los antiguos capitanes,  
Dispuestos á victorias ó desmanes.

Fué capitán de la caballería  
Alvaro de Mendoza, que hoy nos dura,  
Nuño de Castro del infantería:  
Ambos en valentía y en cordura  
Cabales, si tuvieran aquel día  
Mas posibilidad y mas ventura;  
El un alférez fué Francisco Portes,  
Y no refiero los demás consortes.

Mandó venir al indio Maridado,  
Cacique principal de los fronteros,  
El cual acudió bien acompañado  
De quinientos destrisimos flecheros,  
De venenosos tiros pertrechado  
Cada cual, según bárbaros guerreros;  
Luego la playa por las partes juntas  
Fué sembrada de venenosas puntas.

Cuando quería pues del primer sino  
Febeo resplandor hacer desvios,  
Y entrar en el de Toro por camino  
Compuesto de dorados atavios,  
Vieron por aquel término marino  
Venir estos beligeros navios,  
Pendientes dellos por diversas partes  
Flámulas, gallardetes y estandartes.

Bateles artillados traen fuera  
O lanchas y lijeros bergantines,  
Y cuando ya tuvieron la frontera  
Rompen el aire trompas y clarines;  
Al puerto van y toman la ribera  
Para de sus intentos ver los fines;  
Mandan que gente de caballo vaya  
A ver si desembarcan en la playa.

En el puerto, de la ciudad distante  
Poco menos que legua de comarca,  
El francés cudicioso y arrogante  
Mas de mil hombres diestros desembarca:  
Caminan bien armados adelante  
Contra pocos del español monarca;  
Los de caballo que eran centinelas  
Baten á toda furia las espuelas.

Avisan á las gentes castellanas  
Y á voces dicen que los galos llegan;  
Tocan los atambores y campanas,  
Y dentro de la plaza se congregan  
Robustas fuerzas, y las viejas canas  
Se sobresaltan y desasosiegan;  
Mas el Bustos formó sus escuadrones,  
Hablándoles allí tales razones:

«Buen ánimo, carísimos hermanos,  
Que para mas honor y mayor gloria  
La batalla tenemos en las manos,  
Y della nos dará Dios la victoria;  
No temais estos viles luteranos;  
Baja canalla es y vil escoria;  
Por buen Dios peleais y por las prendas  
De hijos y mujeres y haciendas.

»En el pueblo teneis vuestras alhajas,  
Que de lo substancial no falta pelo;  
Negocio es adonde no van pajas,  
Y no cumple tomallo con recelo:  
Ellos tienen favor de sus ventajas,  
Pero nosotros el del alto cielo,  
E yo confío de su gran clemencia  
Que no puede durar su violencia.»

Esto dicho, camina con la gente  
Para los encontrar en los caminos,  
E Luis de Villanueva su teniente,  
Con los que del lugar eran vecinos,  
Cada cual conocido por valiente  
En muchos belicosos torbellinos:  
Todos y cada cual mostraba gana  
De romper con la gente luterana.

Habia ciertos hombres forasteros  
A vueltas de los dichos moradores,  
Que presumían mucho de guerreros,  
Y aquestos, no sin voces y clamores,  
Decían: «No conviene, caballeros,  
Salir de donde somos muy mejores:  
Yerro notable es el que hacemos,  
Y en salir de la plaza nos perdemos.»

Juan de Bustos se lo contradecía,  
Teniendo por mejor salir afuera;  
Mas fué tan pertinace la porfia  
De la ya dicha gente forastera,  
Que lo hacen volver do no quería,  
Y porfió hasta la vez tercera  
A salir, con enojo manifiesto,  
Mas no pudo sacallos de aquel puesto.

Habia solos diez arcabuceros  
Vecinos, y con ser gente tan poca,  
Divisos de los otros compañeros,  
Por acudir á lo que mas les toca,  
De la calle por do vienen los fieros  
Franceses se pusieron á la boca,  
Y allí hicieron la posible salva  
Francisco Sanchez y Francisco de Alba.

También allí Bartolomé de Arjona,  
Con los siete que no van señalados,  
Hacia cada cual por su persona  
Lo que suelen hacer buenos soldados,  
Sin que de los demás desta corona  
Fuesen favorecidos ni ayudados,  
Sino Mendoza que con los caballos  
A ellos se llegó por reguardallos.

Acércanse los galos con estruendo,  
Suena para romper trompa sonora  
Donde los diez estaban atendiendo  
Que salieron con furia vengadora;  
Por dos veces los fueron retrayendo,  
Espacio que duró mas de una hora,  
Hasta que ya cesaron los cañones  
Por se les acabar las municiones.

Conocida por el francés la falta  
Del fumoso cañon y del mosquete,  
Por dos partes del pueblo los asalta  
Y mas adentro las escuadras mete;  
A los unos Mendoza sobresalta,  
Y con veinte caballos arremete;  
Retrajolos á parte conveniente,  
Do se empujó gran número de gente.

Pero como persona que sabia  
Tener aquel lugar mortal engaño,  
Y que por esta causa no podia  
Por allí pelear sin propio daño,  
Retrajose con esta compañía  
A la ciudad con el demás rebaño,  
Y con los que seguían su bandera  
Junto á Santo Domingo los espera.

Viendo que ya llegaban al paraje,  
Antes que del lugar vieses el centro,  
Rompió por ellos varonil coraje;  
Y fué de tantas muertes el encuentro,  
Que muchos, del cosario peonaje  
Huyendo, se metieron mar adentro;  
Mas todos los que son menos inertes  
En un cercado se hicieron fuertes.

Oyendo Bustos la sangrienta caza,  
Pareciéndole ser exorbitante  
Negocio no salirse de la plaza,  
Y mas en coyuntura semejante,  
Aquella parte se desembaraza,  
Y el buen alférez Portes por delante  
Acudió con alguna gente suelta  
A do sonaba la mayor revuelta.

Yendo dispuesto para la pelea,  
Hicieron que torciese su camino  
Antes de se hallar donde desea,  
Por voces que le dió cierto vecino:  
«Acá, señor, acá, que nos rodea  
Otro mas peligroso torbellino.»  
Y fué verdad, porque gentes armadas  
Tenian ya las calles ocupadas,

De tal manera, que nunca fué parte  
Para poder hacelles resistencia;  
Ni valian allí mañas ni arte,  
Animo, ni valor ni diligencia;  
Mas Portes prosiguió con su estandarte  
Do Mendoza tenia la pendencia,  
En el cercado do se defendía  
El don Juan con la gente que tenia.

La gente castellana, mal armada,  
Con ánimo feroz les acomete;  
Pero de la primera ruciada  
Mataron de peones diez y siete;  
Entran los de caballo, y al entrada  
Pereció Santa Cruz, un buen jinete,  
Con otro que Espinosa se decia,  
Que hizo buenos hechos aquel día.

Rompió como quien bravo monte talá  
El buen Francisco Portes por un lado;  
Sus golpes á los de Hércules iguala,  
Con brazo vigoroso y esforzado,  
Hasta tanto que con ardiente bala  
Fué de vital calor desamparado,  
Dejando de la fuerza de su diestra  
Horrible voz de sanguinosa muestra.

Tanto, que dados fines á la guerra  
Decian los franceses en su gloria:  
«A tener muchos destes esta tierra  
Desesperáramos de la victoria.»  
Luego pues el don Juan se desencierra  
Teniendo ya la suya por notoria,  
Viendo que nuestras gentes eran rotas  
Por la gran multitud de las pelotas.

No dejó de hacer con su caterva,  
En tanto que duraron los cristianos,  
Maridado gran mal en la proterva,  
Pues disparaban pocos tiros vanos;  
Y así hirió con venenosa yerba  
Crecido número de luteranos,  
Y consumidos ya los tiros diestros  
Al monte se retrajo con los nuestros.

Los cuales desampararon sus placeres,  
Llevando por delante los heridos  
Y cantidad de niños y mujeres,  
Movidos de sus ásperos gemidos;  
Y así vecinos como mercaderes  
Quedaron asolados y perdidos,  
Por ser inopinada la venida  
Y muy poca hacienda guarecida.

Y mujer pobre y el cansado viejo,  
Aunque sepan haber algun cosario,  
Y reconozcan ser sano consejo  
Trasponer su caudal á lugar vario,  
Fáltales el avio y aparejo  
En tales coyunturas necesario;  
Demás de que con tales confusiones  
También roban domésticos ladrones.

A los cuales se quedan en rehenes  
Alhajas de las gentes mas amigas;  
Y por los montes á los salvos bienes,  
Demás destas zozobras y fatigas,  
Consumen los ardientes comijenes,  
Que son blanca manera de hormigas,  
En las tierras calientes una plaga  
Que nada dejará que no deshaga.

Esta perniciosa sabandija  
Sobre la tierra hace su morada,  
Y al modo de hormiga se cubija,  
Aunque sobre la haz muy levantada,  
Donde cria sus pollos y se abija  
Y aumenta crecidísima manada;  
Pero su cualidad es tan ardiente  
Que lo duro deshace brevemente.

Hasta de la madera se mantiene,  
Y en el hierro y acero hace caño;  
Al mercaderante pues no le conviene  
Tardar en revolver lienzos ó paño:  
Que si por algun tiempo se detiene  
Ha de hallar irreparable daño,  
Y en guerra mal se puede hacer esto  
Andando por los montes descompuesto.

Ansí que por ingleses ó por Francia  
Hoy es trabajosísima vivienda;  
Pues aunque por los tractos hay ganancia  
Fácilmente se pierde la hacienda,  
Faltando mayormente tal instancia  
Que con valor y brio la defienda;  
No porque en el conflicto de que trato  
Dejasen de hacella muy gran rato.